

TEMA 7. VIRTUDES EUCARÍSTICAS DE JESÚS “BELLEZA”

No hay tal vez una cualidad que más convenga a la Sagrada Eucaristía que la belleza, así por la que contiene en si mismo el Sacramento, como por los dones que comunica al que le recibe. Pero desde luego que no nos referimos a la belleza que miran los ojos materiales, sino a la que descubren los de la fe católica, que cree lo que no ve.

Se llama bello en lo material aquel objeto cuyas proporciones, forma y colores producen un efecto agradable a la vista, despertando un movimiento, por decirlo así, de gozo en el alma. «Lo bello, ha dicho un autor célebre, es el esplendor de lo verdadero»; y este pensamiento nos parece el más aproximado a la exactitud. Pero ¿dónde se halla el tipo para poder decir que lo que semeja a éste es bello?

Nosotros lo encontramos en lo ideal, en lo que constituye una de las fases del ser; y como la verdad del ser está en la mente divina, creemos que allí se oculta el prototipo de lo bello. El ideal completo sólo es Dios.

Contrayendo esta idea al estudio de la Eucaristía, en ella la belleza es un reflejo de la Bondad infinita, y su esencia se oculta en el seno del mismo Dios. Por eso es bello el sacrificio, el don de sí, la voluntaria inmolación del Ser en aras del amor puro.

El sacrificio voluntario es siempre sublime, siempre bello; y a medida que la víctima es más excelente, mayor el amor con que se ofrece. ¿Qué no será el sacrificio del Verbo humanado sobre el ara de la Cruz? Viene a ser un sacrificio de Dios, ofrecido a Dios por su gloria y por la salud de la humanidad redimida a tan alto precio. Esto es bello con una belleza que asombra.

Mas la reproducción del sacrificio divino en el altar, con ser el mismo que el de la Cruz, acrecienta la belleza; porque este sacrificio es real y verdadero, la víctima, se condena a sí propia por nuestro amor y por la gloria de Dios.

El Sacrificio es perfecto, la separación de la carne y la sangre, que operan las palabras del sacerdote, y da actualidad y virtualidad al drama sangriento del Gólgota. Allí está la Víctima con todos sus méritos y con todo su inefable amor; se ofrece al Padre Eterno con toda su voluntad, y sin reserva alguna, y se ofrece bajo el velo misterioso de los accidentes, sin aparecer a la vista, sino a los ojos de Dios y a la mirada absorta de la fe.

¿Puede darse un acto más bello? ¿Puede añadirse algo a su belleza? Pues aún hay más: el sacerdote, que es hombre, dispone de la Víctima sacrosanta; la consume, la guarda bajo llave, la entrega para ser recibida, a nadie se la niega. ¡Que maravillosa donación completa de sí mismo hace Jesús! El mismo Señor quiere permanecer entre nosotros bajo llave, allí todo lo sufre. Tan completo don de sí, reúne todos los caracteres de la belleza espiritual.

Deteniéndonos a meditar lo que es la presencia real, puede decirse que es un Padre, desarmado de todos los medios que no sean su inefable amor para ejercer influencia sobre sus

hijos, a quienes sin embargo ama en extremo. Es, en fin, un Dios que se ha hecho hombre para que los hombres se hiciesen dioses, como dice San Agustín.

Si el don gratuito es grandeza y belleza, ¿qué don más grande que el mismo Dios? Si el riesgo es sufrir desprecios, ¿quién se expone a mayores, y por desgracia los recibe más grandes que el Señor? Lo más bello de la humanidad sacrificada de un Dios sacramentado está allí dentro.

Admiremos, amemos, adoremos este portento de belleza, esta plenitud superabundante de amor, este tesoro infinito de espirituales riquezas que el Señor preparó para los que lo tomen en el Santísimo Sacramento del Altar.

(L.S. Tomo V (1874) págs.121-127)